XVII

Gilberta no olvidaba la, para ella triste, noche en que vió á la mujer rubia que llevaba el nombre del Conde y tenía derecho á ser amada por él...

Supo por Enriqueta que Cipriana había pasado muy buena noche, que estaba mucho mejor y que se la consideraba fuera de peligro.

Mientras que el comandante corría presuroso al hospital de Melun y Enriqueta se encerraba con Charvet y Ducasse para reunir apresuradamente el comité Verdier, Gilberta, sentada en el jardín, se entregaba á profundas meditaciones, pensando en Roberto, Cipriana y Elena.

Tan distraída estaba que no sintió los pasos de alguien que se acercaba; fué preciso que la hablaran para que levantara la cabeza, y entonces, poniéndose muy colorada, exclamó:

 $-i\nabla osl$

Era Roberto, que venía loco de alegría á partici-

par á la señora Herblay y á Gilberta la opinión del doctor:

-¡Salvadal

—¿De veras?—preguntó Gilberta con lágrimas en los ojos.

—El médico así lo ha asegurado solemnemente. Roberto se interrumpió al ver que Gilberta había dejado caer bruscamente la cabeza entre las manos y que lloraba.

-¿Qué tenéis? ¿Qué os pasa, Gilberta?

Tomó instintivamente una de sus manos, que ella se apresuró á retirar, enjugándose los ojos, riendo y llorando á la vez.

—Perdonadme... No sé lo que me pasa—dijo.—¿Es absurdo, no es verdad? Estoy muy nerviosa, 1y esta noticia me alegra tantol...

Roberto experimentaba ahora, al lado de la joven, una sensación extraña, agradable y dolorosa á la vez. Una tristeza profunda se apoderó de él. ¡El peligro había desaparecido para la hija; pero el sufrimiento aumentaba para el padre, pues no podía ver á Gilberta como antes!

—¡Oh!—dijo como hablando consigo mismo.— ¡Mi hija está salvada, sí; pero la convalecencia será larga, y si no estáis vos allí!...

Y las lágrimas, como momentos antes los ojos de Gilberta, llenaron los del Conde.

¡La terrible hora de la separación había sonado!

—Gilberta—dijo de pronto con melancólica voz, —tengo una súplica que haceros... ¡Algo de gran importancia que pediros!

Y viendo que la angustia se pintaba en el rostro de la joven, se apresuró á añadir:

—Lo que voy á pediros es insensato; pero tal confianza tengo en vos que estoy seguro que no rerehusaréis concedérmelo... Curada Cipriana, pienso partir...

—¿Partir?—dijo Gilberta, como si hubiera algo más que un anuncio de ausencia en aquellas frases. —¿Partir? ¿Por qué?

—Llevo aquí una vida triste y desolada. Empleé mal mi primera juventud, y... quiero ser útil á mi patria en lo que me resta de vida... Permanecer en Francia, pleitear para arrancar mi nombre de las manos de una aventurera, lo he reflexionado bien, y no he de hacerlo... Quiero evitar ese escándalo á mi padre... Mi padre velará por mi hija; pero desgraciadamente es anciano... Ya sabéis que Cipriana no tiene madre, ó, mejor dicho, que hay que librarla de ella; mientras yo esté ausente, si por desgracia mi padre muriera, ¿queréis encargaros de velar por la educación de Cipriana?... Yo iré... no sé á dónde, á Panamá ó á la Indo-China. Me parece que teniendo vuestra palabra, saldré de Francia más tranquilo...

-¿Me lo prometéis, Gilberta?-añadió el joven con voz ahogada.-Vuestro tío es muy bueno, y

os autorizará para hacerlo... Estaré tranquilo al pensar que la pobre niña estará bien cuidada, y que la amaréis como la amaría una madre cariñosa, ¿no es verdad?...

Y sin saber lo que hacía, se inclinó hacia ella, añadiendo:

-1Amadla como yo os amol

Gilberta no contestó, ni se alteró en nada por las palabras del Conde. Le amaba, y sabía que era correspondida. En cuanto á encargarse de Cipriana, lo haría con gusto, pues la quería muy de veras.

—Tendré dos hijos—pensaba para sí:—el pobre militar tan cruelmente tratado por la fortuna, y la no menos desgraciada niña.

—¿Y si Elena me reclama su hija?—dijo en voz alta.

—No temáis... La daré todo lo que pida por ceder sus derechos de madre, como la otra vez; pero ahora arreglaré mejor las cosas.

-¿Como? ¡Una madre... es capaz de!...

—Elena Morgan ambiciona dos cosas: mi nombre y mi fortuna. Pero elegirá la fortuna, prefiriéndola al nombre.

Le mortificaba hablar de la aventurera y mudó pronto de conversación.

—Queda—dijo—convenido, prometido y jurado que Gilberta se hará cargo de Cipriana.

La joven juró con todo el fervor de que era capaz, diciendo:

—¡Os juro que vuestra hija lo será también míaļ —Y si algún día os casáis, ¿la reservaréis un poco

Conde lo que en otra ocasión había contestado á

de cariño? — dijo con temblorosa voz Roberto. Gilberta, con dulce y tranquila sonrisa, contestó al

su tío:

-¡Yo no me casaré jamás!...

Se levantó, miró con sus grandes ojos entristecidos á Roberto, y repitió:

-IJamás!

El se levantó también, y cogiendo una de las manos de la joven la atrajo hacia así, y con emoción indescriptible, temblorosos los labios, estampó un fraternal beso en su casta frente, un beso de esos que significan una separación eterna. Gilberta lo comprendió, y no se opuso á recibirlo.

El comandante, que volvía de Melun un poco congestionado y muy nervioso, llegó pocos momentos después. Venía sofocado por el calor, y sin haber tomado alimento alguno desde que salió por la ma-

Lo primero que preguntó, al divisar desde lejos á Roberto, fué:

—¿Cómo está la niñita?

El Conde repitió entonces á Verdier lo que acababa de decir á su sobrina, incluso la petición hecha á Gilberta, el juramento de ésta y el anuncio de su partida.

Nada de esto admiró al comandante. La partida

del Conde era una manera digna de salir de una situación difícil, y el juramento de su sobrina muy lógico dada su grandeza de alma.

—No sería mi sobrina—dijo—si ignorara que las consignas más graves son las que han de cumplirse mejor.—Y tendiendo la mano al joven, añadió:—¡Mientras que yo respire, vuestra hija estará bien protegida, querido Roberto! Sólo que tendré muy buen cuidado de inculcar á Gilberta yá Cipriana el que no sean tan cándidas ni tan confiadas como lo habéis sido vos, ni tan necias como este viejo Verdier.

Y entonces, con amarga elocuencia y violenta cólera, tronó contra Garousse, Saboureau y los otros —todos los políticos y politiquillos,—refiriendo después á los jóvenes lo que había visto en el hospital de Melun.

-¡Ah! ¡Infelices!-exclamó.

Tivolier, el exaltado de las reuniones públicas, el obrero fanático, y el soldado Marsialoux, estaban en el hospital casi juntos: el pobre Marsialoux gravemente herido, y Tivolier arrepentido, aterrado al contemplar su funesta obra.

-¡Cómo!—dijo Roberto.—¿Los han puesto el uno al lado del otro?

-¡Casi, casi!-contestó el comandante.

Les habían llevado á ambos al Hospital civil por haber sido desalojado días antes el Hospital militar, que estaba en el centro de la población, á consecuencia de una epidemia; no les separaba más que un camastro. El pobre Marsialoux se quejaba mucho, y Tivolier, que le había mirado antes con odio, le miraba ahora con curiosidad, como tratando de darse cuenta de quién era aquel hombre á quien había puesto á las puertas de la muerte casi sin conocerle.

—Cuando Tivolier me vió—dijo el comandante me miró con rabia. Después, al ver que recomendaba á los enfermeros que les cuidasen, se pintó en el escuálido rostro del obrero una extrañeza que no olvidaré jamás.

—¿Cómo, vos?... ¡Vos, á quien yo he tratado como al último de los miserables!—me dijo con voz entrecortada.

—Ya lo véis, amigo mío—le dije.—Los hay peo res que yo.

Le tendí la mano, y no se atrevió á estrecharla. Se notaba aún algo de desconfianza en él.

furece!» Y miraba con compasiva y obstinada mirada al pobre soldado. ¿Y era él, él, Tivolier, la causa de que aquel pobre soldado, casi un niño, estuviese allí mal herido? ¿Y por qué? ¡Porque llevaba pantalón encarnado!... ¡Qué bestia había sido!...

El comandante había leído como en un libro abierto estos pensamientos, esta estupefacción y esta angustia en las intensas y persistentes miradas del hombre del pueblo al militar.

—No me ha disgustado del todo la visita... O mucho me equivoco, ó el obrero y el soldado han de salir del hospital buenos amigos. ¡Si el hombre se conociera mejorl... ¡Si no se dejase arrastrar por los agitadoresl... ¡El diablo lleve á los fabricantes de guerras civilesl... ¡Ahora—continuó, animado, satisfecho—voy á anunciar que retiro mi candidatura

—¿Que retiráis vuestra candidatura?—dijeron á la vez ambos jóvenes.

—Sí, retiro mi candidatura—repitió con voz en que se notaba la más franca alegría.—¡Candidato! Se acabó la candidatura. ¡Ya nadie tendrá pretexto para insultarnos!

Tenía tal prisa por comunicárselo á todo el mundo, que ni se acordaba de comer.

—¿Cómo—dijo Gilberta,—las dos de la tarde y sin haber tomado nada?

Bah! Cuántas veces se había pasado en campaña sin poder comer en treinta y seis horas!

Tomó apresuradamente un poco de carne fría y

un vaso de vino de Burdeos, y despidiéndose del Conde, que se marchaba, fué á ver á la señora Herblay, que hablaba en el salón con Charvet, Guenaut, Cappois (estos últimos habían sido llamados á toda prisa) y Emilio Ducasse.

Charvet y la señora Herblay esperaban evidentemente al comandante, porque cuando éste se presentó el senador no pudo contener estas palabras:

—¡Ah! ¡Aquí está!—inmediatamente seguidas de estas otras:—¡Por fin!—pronunciadas por Cappois y Guenaut—cosa que hablaba poco en favor de la educación de unos y otros.

Ducasse, al ver á Verdier y notar su alegría, abrigó por un momento el temor de que éste hubiese vuelto sobre su acuerdo.

¿Si no retirará ya su candidatura? ¡En verdad que se veía ahora al comandante muy tranquilo y satisfecho!

La inquietud de Emilio duró poco. Verdier, con marcado apresuramiento, deseoso de quitarse de encima tan penosa carga, les dijo que no se sentía con fuerzas para soportar las necesidades de una lucha electoral, y que retiraba su candidatura.

Ducasse, loco de contento, cruzó con la señora Herblay una mirada de triunfo, que no se le escapó, ni dejó de disgustarle, á Mederico Charvet. Cappois movió la cabeza de un lado para otro, como para aprobar con su aquiescencia la determinación de Verdier. El veterinario Guenaut-se apresuró á decir con aspereza que hacía mucho tiempo que el comandante debiera haber tomado tal determinación, puesto que no se sentía con fuerzas para afrontar la batalla... Pero Verdier le interrumpió con tono que no admitía réplica:

—¡Perdonad, caballero; yo no sabía hasta qué punto era baja y rastrera la política en sus luchas! ¡Ahora lo sé, y no quiero más embrollos ni bajezas! ¡Para muestra basta con lo que he visto!...

Ya no era el hombre tímido que había entrado temblando en aquel salón para ser examinado como un doctrino, y temeroso de parecer desagradable á los electores. Era el soldado irritado, disgustado por la aventura y resuelto á desafiarlo todo, desde las calumnias de los adversarios hasta las frases encubiertas de los falsos aliados.

Había hablado con tal resolución, que Charvet, que tenía preparada una frase redundante sobre el abandono de un puesto de honor en el momento del peligro, la trasformó en un cumplimiento sobre el sacrificio generoso de una legítima ambición en aras de su patria, y felicitó vivamente al comandante por aquella renuncia cívica.

—¡Y digo renuncia cívica—repitió solemnemente Mederico Charvet, después de haber pensado decir deserción,—porque no es esta la primera vez, comandante, que nos dáis ejemplo de abnegación!...

Cappois aplaudió «las acertadas frases del señor senador» y Guenaut refunfuñó un poco, pero con cierta prudencia. Verdier no se cuidaba lo más mínimo ni de los cumplimientos del senador, ni del descontento del veterinario. Se sentía libre, podía respirar con libertad y esto le bastaba. Dejaba á otro—á Ducasse, puesto que su comité elegía á Ducasse—el cuidado de pordiosear, de charlar, de fantasear y convertirse en el más humilde servidor de los Esaú del escrutinio, que vendían su voto por el plato de lentejas de una cinta de color violeta, una concesión, un favor cualquiera, trasformando á Francia en un inmenso baratillo, en que el elector daba su voto á cambio de una promesa, y el elegido traficaba con su libertad futura á cambio de un pedazo de papel deslizado en la urna electoral.

Verdier se halló encantado al encontrarse en la soledad de su cuartito, é instintivamente volvió la vista al cuadro de Schopin.

—¡Ahora sí que han concluído para mí los molinos de viento, mi querido caballero!—dijo dirigiéndose á D. Quijote.

¡Sí, había escapado á los Guenaut, á los Cappois, á los Garousse, á los Trouillard, á los imbéciles, á los malvados, á todo el mundo! ¿Pero el deber?... ¡Bah! ¡Otros se encargarían de salvar al país! ¡Candidato! ¡Oficio detestable! ¡Viaje al país de los desencantos! ¡Qué necedad colocar vuestra suerte en manos de gentes que no os conocen ó de algunos que os desconocen! ¡Candidato! ¡Ser candidato cuando se es altivo y de buena fel... ¡Qué tontería!...!

Pensó en que tenía «que arreglar sus cuentas» con el redactor de La Anguila, y escribió á uno de sus antiguos camaradas que vivía en Melun, rogándole le sirviera de testigo. El antiguo sargento, el viejo Fournerel, sería el otro. Se batirían al día siguiente, y luego Verdier se iría á París.

Se iría, á menos que fuese herido por su adversario. ¡Herido, herido, eso sería el colmo! ¡Herido por un señor Reville!... ¡O muerto!... ¡Muerto por la sucesión Charvet!...

Esta absurda idea de que podía escapar mal en aquel encuentro se fijó pertinaz en su imaginación, como pensamiento único, pensamiento de que se burlaba, pero que poco á poco llegó á ponerle nervioso.

Se acordó de algunos de sus antiguos compañeros, que después de exponer sus vidas cien veces en medio de las balas y haber salido ilesos, habían ido á morir, terminada la guerra, en la primer disputa que habían trabado.

-¡Todo puede ocurrir!-pensaba.

Entonces pensó en hacer testamento. Quería que los cuatro cuartos que tenía fuesen para Gilberta si llegaba á morir él. Esta ni sospechaba siquiera lo que ocurría.

—èSe me conoce que ya no soy candidato, Gilberta?—la preguntó.—Ducasse es el que debe tener ahora la cara de pocos amigos que tenía yo ayer.

-¡Si Ducasse está tan contento!

—Tienes razón; no me acordaba de que la política es su oficio.

Por la tarde Verdier no se presentó á la mesa á la hora de comer. No tenía apetito. Estaba escribiendo en su cuarto. Un criado le subió, de parte del impresor de Melun, la factura de lo que debía por la impresión y colocación de los anuncios electorales.

Gilberta había subido curiosa por saber lo que el criado le llevaba.

—¿Esto?—dijo el comandante contestando á su pregunta.—Es un recibo que he pedido. ¡La factura del manifiesto, de la famosa profesión de fel

Había rasgado el sobre y leía:

—¡Carambal—dijo de pronto.—¡Esto es escandalosol ¡Muy escandalosol...

-¿Cuál?-preguntó Gilberta.

-Toma, lee.

La joven leyó, en efecto:

IMPRENTA BOURGEOIS É HIJOS Plaza de San Juan, 7.—Melun.

El señor comandante Verdier debe, por carteles anunciando su candidatura y profesión de fe:

	Pesetas
Composición	40 120 40
millar	1.000
Total	1.200

—¡Mil doscientas pesetas! ¿Mil doscientas pesetas tiradas á la calle, gastadas, perdidas para recoger los insultos de Garousse y las calumnias de Reville? ¡Esto es caro, excesivamente caro!...

—¡Querido tío!—dijo sencillamente Gilberta, que sentía sus ojos inundados por las lágrimas, y que en la matemática precisión de las cifras veía como totalizados los disgustos y las decepciones del comandante.

—¡Después de todo—dijo éste tratando de sonreirse,—peor podía haber escapado! ¡Paga, paga, candidato!

Suplicó á Gilberta que le dejase solo. Quería quedarse solo para redactar su última voluntad. Había encendido una vela, y, á la movediza luz de su llama, las mariposas, que penetraban por la ventana abierta, iban á quemarse, como él se hubiera quemado al falso sol de la sucesión Charvet. Don Quijo te parecía como que se burlaba de él bajo el cristal del cuadro colgado en la pared.

No era la suerte material, si vale la frase, de Gilberta lo que le preocupaba. Sabía que sus necesidades eran pequeñas y que con poco dinero podría vivir bien. ¿Pero qué sería de ella si se quedaba sola? Aun suponiendo que el lance con Reville no fuera mortal (lo cual era más que probable), un día ú otro el viejo Verdier desaparecería, y entonces la pobre joven quedaría sola...

Si al menos al morir la dejase casada, sentiría

menos morir. ¡Pero Gilberta no quería casarse, no amaba á nadie, ó, mejor dieho, amaba un imposiblel...

Se quedó dormido pensando en Gilberta y despertó pensando en Gilberta. Cuando Fournerel fué á decirle que el lance se había fijado para las doce, cerca de Barbizon, se despidió de su sobrina diciéndola que iba á dar un paseo.

Verdier y sus testigos llegaron los últimos á la cita. Saboureau esperaba acompañado de dos jóvenes de Melun y un médico amigo del periodista á quien había avisado por telégrafo á París. Fournerel llevó dos espadas. Los testigos de Reville las entregaron á los adversarios, y éstos se pusieron en línea. Antes de ponerse en guardia Reville saludó como si estuviera en una sala de esgrima.

—Es inteligente en la materia—pensó Verdier.— ¡Tanto mejor!

El encuentro fué breve. Aunque Saboureau tiraba muy bien, el manejo cerrado del comandante, parando bruscamente en cuarta, le puso á peligro de ser atravesado de parte á parte; y lo hubiera sido si el comandante no hubiera instintivamente levantado la mano.

—¡Tocado, caballerol—dijo Verdier arrojando la espada.

-Muy bien-exclamó Reville.

El doctor se acercó, y, rasgando la camisa, practicó la primera cura. —Ahora, comandante—dijo el periodista en alta voz,—os suplico creáis que todo lo que he podido decir ó escribir se dirigía, no al hombre, sino...

-¡Al candidato, lo sé!

-|Dispensadl...

Verdier saludó cortesmente; pero no llegó su abnegación hasta estrechar la mano que Saboureau le tendía.

—¿Creéis que tiene aun demasiada tinta?—dijo el redactor de *La Anguila*.—¡La sangre lo limpia todo, comandante!

—Sea—respondió Verdier con tono áspero.—¡No hablemos más de eso!

Y se dirigió á Dammarie.

Saboureau tuvo que ser conducido á Melun en un carruaje. Como la herida no era grave, á los dos días estaba bien y había fundado un periódico titulado La Nueva Anguila, para apoyar la candidatura de Ducasse y vengarse del patrón Garousse, que se había portado muy mal con él á última hora.

—¡Si Garousse se figura que expone uno su vida por defender á otro, y que este otro no ha de dar siquiera las gracias por ello, se equivoca!

—Vuestro duelo me ha proporcionado un decidido defensor—dijo Ducasse al comandante al aparecer el primer número del nuevo periódico, cuyo artículo de fondo estaba consagrado á ensalzar la decisión tomada por el honrado Verdier: El Cincinatus del 7.º de artillería.—Saboureau—añadió—tiene

talento y ha sabido daros una satisfacción, en que el honor ha quedado á cubierto, sin que haya habido que lamentar ninguna desgracia personal.

El comandante se encogió ligeramente de hombros.